

OLEGARIO GONZALEZ DE CARDEDAL

EVANGELIO DE DIOS Y HUMANIDAD DEL HOMBRE

(Tesis para un discernimiento de lo cristiano)

INTRODUCCIÓN

El cristianismo nace de las entrañas de la tierra y de la historia, sabiéndose sin embargo fruto de una llamada que desde fuera de sí y desde adentro en sí lo ha suscitado, dinamizando todo lo humano y haciendo florecer en las entrañas del hombre su mejor fruto. Es un tesoro depositado en frágiles vasijas; una luz encendida en pobres velas de bastos pábilos. Y sin embargo esa llama los hace dar lo mejor de sí, convirtiendo su espesor en transparencia y su opacidad en alumbramiento. «Dios que dijo: 'Brille la luz del seno de las tinieblas', es el mismo que ha brillado en nuestros corazones para hacer resplandecer el conocimiento de su gloria, que reverbera en el rostro de Cristo; pero llevamos este tesoro en vasos de barro» (2 Cor 4, 6-7).

Esa gloria de Dios, manifestada en Jesús, suscita el relumbre y gloria del hombre. La palabra de Dios no es sólo ni sobre todo como el rayo que hiende los enebros y encinas del bosque; llega también como lluvia que fecunda la tierra, depositando en ella nueva semilla y dándole crecimiento.

El cristianismo es fruto de una fuerza que desciende y asciende, que propone posibilidades ignotas y despierta posibilidades dormidas. Por eso la verticalidad y la horizontalidad son tan inseparables en el cristia-

nismo como los árboles y los ríos en la naturaleza, como los dos tramos de la cruz de Cristo en la historia.

Arboles que crecen hacia arriba y ríos que marchan hacia adelante son la parábola en la que se reconoce a sí misma la vida humana. Sin crecimiento hacia la Altura y sin marcha hacia la Meta, la vida humana queda cercenada en su respiro vital. La vida de Jesús nunca estuvo escindida artificialmente entre Dios y los judíos. Para él la oración de la noche entera en soledad ante el Padre y su predicación en las aldeas no fueron tareas, ni alternativas ni simplemente identificables. Los dos tramos, que sostuvieron su cuerpo en la cruz, confirieron sentido a su existencia; y tienen que conferirla a la de todo cristiano. Esa tensión aceptada y sostenida es la que hace al cristianismo fecundo para la historia. La Iglesia tiene que ser consciente de ella, y permanecer abierta en la adoración al Misterio abismal de Dios y en el servicio realísimo al prójimo. Esa es su cruz y en ella está su salvación.

En las páginas siguientes analizamos primero la trayectoria histórica que ha conducido a separar a Dios y al hombre, considerándolos como antagonistas, declarando la imposibilidad de conjugar servicio a Dios y servicio al prójimo. Luego establecemos unas afirmaciones que incitan a recuperar el sentido religioso del Dios viviente y vificador del hombre, desarraigando la sospecha inoculada de que la fe en Dios es vaciadora o esterilizadora de la vida humana. En verdad, sólo donde Dios aparece como la suprema posibilidad del hombre, éste es hombre verdadero. Sólo donde se anuncia y acoge la suprema noticia de que Dios ha sido hombre (el Poder absoluto misericordia absoluta, la distancia cercanía, y la Vida transitando por el reino de la muerte para vencerla), tiene la humanidad definitivamente evangelio.

Sólo recuperando la confianza en ese evangelio de Dios, con el gozo de haber encontrado un tesoro y una perla, tiene la Iglesia capacidad de autonomía y libertad, de misión y servicio al hombre. A rastras de otras noticias, y mendigando otros supuestos evangelios, se degrada a sí misma tornándose a la vez inútil para los hombres. El evangelio de Dios hecho hombre en Jesús, vivido no en el grito exasperante sino en el silencio confiado (durante largos años de fidelidad que es lo único que acredita), en la cercanía humilde y en la solidaridad activa, es el gran poder y la gran fortaleza de la Iglesia. El es el fundamento de su unidad y la garantía de su eficacia. El evangelio, que anunciado culmina en la eucaristía, es lo que constituye y reconstruye siempre a la Iglesia.

1. LA EXPERIENCIA CRISTIANA ORIGINARIA

El cristianismo ha surgido en la historia como una experiencia de humanidad, en doble sentido: como experiencia de la 'humanidad de Dios' y como experiencia de la 'humanidad del último hombre'. La persona de Jesús de Nazaret es esa humanidad de Dios y ese último hombre. En él descubrimos la realización suprema de nuestras posibilidades humanas, el anticipo de nuestra vocación última y la interpretación de esa ultimidad, a la que puede llegar cada hombre. Jesús es el último Adán, el novísimo hombre, el Futuro Absoluto, anticipado y ofrecido como reconciliación del hombre en el corazón de la historia¹.

Podemos hablar de plenitud de los tiempos y de consumación de la vocación humana porque en la encarnación de Dios, que es la promoción suprema del hombre al existir en unidad personal con Dios, han llegado ambas potencias, la de Dios activamente y la del hombre receptivamente, a su cumbre. La historia realísima de Jesús es así el lugar concreto donde encontramos definida la esencia de Dios y realizada la vocación humana. Por eso leemos y releemos lo ocurrido en aquel tiempo, poniendo los ojos en Jesús porque al contemplar en él la humanidad de Dios podemos adivinar la posible divinización del hombre. El es así el real destino de Dios: existir encarnado con nosotros, como nosotros y por nosotros. El es así el real destino del hombre, al establecer el límite supremo de la vocación humana: ser libre desde la libertad divina personalizada.

Por eso desde Lutero y Santa Teresa hasta Hegel y Fichte no ha cesado en la modernidad la admiración de los místicos y de los teólogos ante «el Verbo que se hizo carne y habitó entre nosotros. Porque nosotros hemos visto su gloria, como la del Unigénito, lleno de gracia y de verdad»; y su sorpresa ante aquel lugar y aquel tiempo «cuando se manifestaron la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor por los hombres»². Y no ha cesado el escándalo airado de Nietzsche al comprobar la pretensión del Nuevo Testamento: que el Último se nos haya dado en la pobreza y solidaridad de la cruz y en el amor nos haya reconciliado. El reclama que el último sea el Superhombre que no viene de arriba sino que nace

¹ Romanos 5, 12-21; 1 Cor 15, 22; 15, 45-49; Hebreos 12, 2. J. Jeremías (Jesús als Weltvollender), Pannenberg, Rahner y Ratzinger han recuperado para la cristología contemporánea esta dimensión escatológica de la humanidad de Jesús como humanidad de Dios, manifestada en la resurrección.

² Juan 1, 14-18; Tito 3, 4. Sobre la fascinación que en el prólogo de San Juan ha ejercido en la filosofía del siglo XIX, cfr. X. TILLIETTE, *Le Prologue de Saint Jean et les philosophes*, en *Le Christ des Philosophes*, 3 vols., París 1974-1981, I, 6-64-84; E. BRITO, *La christologie de Hegel*, Verbum crucis, París 1983.

de abajo, sin pastor y sin dueño, en la igualdad que no tolera la libertad. «¡Mirad yo os muestro el *último hombre*!... ¡Ningún pastor y un solo rebaño! Todos quieren lo mismo, todos son iguales: quien tiene sentimientos distintos marcha voluntariamente al manicomio»³.

El cristianismo es buena nueva de parte de Dios en la medida en que anuncia a Dios hombre, y en que anuncia al hombre que el Absoluto de poder se ha dado real y solidariamente como Absoluto de debilidad y de amor. La humanidad de Dios y la humanidad de un hombre han coincidido: Jesús de Nazaret es así el nudo en que se anuda el Misterio de Dios y el enigma del hombre. Por ello besar un crucifijo o proferir el signo de la cruz sobre nuestras frente y corazones equivale a una afirmación metafísica y a una identificación personal. No hay otro Dios que el amigo de los hombres; y no hay otro hombre verdadero que el que encuentra su medida, su criterio y su límite en el Dios, que es supremo poder y suprema debilidad, suprema afirmación del hombre al encarnarse y supremo juicio del hombre al desvelar en la inocencia absoluta al injusto, que le da muerte y a todos los injustos que crean cualquier clase de muerte.

Frente a una degradación del judaísmo, que convierte a Dios en exigencia o ley que desde fuera obligan; y frente a una degradación del helenismo que convierte a lo Divino en sujeto de envidia y tiranía respecto de los hombres, la confesión cristiana de fe proclama «al Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos, entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación»⁴. La debilidad del amor se proclama así vencedora sobre la insolidaridad de la envidia, del egoísmo y de la injusticia del hombre.

2. LA RUPTURA DE LA MODERNIDAD

La novedad de los tiempos modernos no consiste en que el hombre haya decidido usar libre y públicamente de su razón, siguiendo el lema de Kant. Este lema hunde todavía sus raíces en el cristianismo, y su razón nace del convencimiento de que siendo el hombre imagen de Dios y siendo el mundo creación suya, aquél es capaz de conocimiento creador y éste es capaz de ser conocido porque su íntima esencia participa en la claridad, fijeza y fidelidad de Dios. La Ilustración es todavía cre-

³ F. NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*, prol 5; III, 27 («Oh hermanos míos, habéis entendido también esta palabra? Y lo que en otro tiempo dije acerca del 'último hombre'?»).

⁴ Romanos 4, 24-25.

yente. Será anticlerical y revolucionaria respecto de los regímenes imperante en Europa, pero la realidad de Dios sigue siendo, racional o moralmente, el oriente y el norte de la existencia humana. Los mismos movimientos socialistas son en su primer origen expresión de una pasión esencialmente cristiana: el prójimo es aquél por quien Dios dio a su Hijo; el prójimo colectivo es el destinatario del amor de Dios y por ello su redención social y política es un imperativo de Dios para el hombre.

Los cuatro decenios decisivos del siglo XIX, que van desde 1840 hasta 1885, desde «La esencia del cristianismo» de L. Feuerbach a «Así habló Zaratustra» de Nietzsche, son el instante histórico en que tiene lugar el proceso de *reducción*, *deducción* y *decisión* respecto del cristianismo y de su significación para el hombre. La primera fase se expresa como rechazo de la fe, al considerarla como un elemento secundario y que no pertenece a las dimensiones constituyentes de la vida humana. Esta recuperará su originalidad y plenitud cuando sea limpiada y liberada de algo extraño que ha tomado posesión ilegítima de la casa del hombre, hasta identificarse con ella: la fe en Dios. El atrevimiento en este sentido trágicamente genial de Feuerbach consiste en intentar mostrar que no hay realidad de Dios sino sólo idea de Dios; que ésta es creación del hombre y que en ella el hombre ha depuesto su autonomía y libertad, para quedar a su merced. Todo lo que hasta ahora se había dicho de Dios es propiedad del hombre. No hay otro Dios para el hombre que el hombre mismo. Toda la teología queda afirmada, pero referida a otro sujeto, el hombre, y por ello convertida en antropología⁵.

Pensadores posteriores, como Marx, dan por supuesta la reducción filosófica de Feuerbach. Un positivismo científico, que identifica comprobación de los hechos con descubrimiento de la verdad, quiere buscar en las relaciones sociales y en los procesos de producción la verdadera causa de por qué el hombre elabora la idea de Dios y se refugia en ella. En años posteriores y con otras claves, pero partiendo de los mismos presupuestos indiscutidos, Freud declara a la idea religiosa y a Dios fruto de las necesidades psicológicas del hombre. Max Stirner en un primer momento y Nietzsche en un segundo declaran realidad suprema no a la especie humana, sino al individuo, y *deciden* dar por anulada la realidad de Dios, erigiendo al «único» o al «Superhombre» en soberanos de la historia. Finalmente el hombre se ha atrevido no sólo a conocer

⁵ Cfr. K. LÖWITZ, *De Hegel a Nietzsche*. La ruptura revolucionaria en el pensamiento del siglo XIX, México 1975; G. AMENGUAL, *Crítica de la religión y antropología en Feuerbach*. La reducción antropológica de la teología como paso del idealismo al materialismo, Barcelona 1980.

y a conocerse; a saber y a transformar el mundo: se ha atrevido a ser como Dios, a ser el único Dios. El Dios real será declarado su enemigo supremo y odiado como si fuera nuestro verdugo torturador⁶.

A la luz de esta decisión final se relee toda la historia anterior y se juzga a la humanidad que ha vivido bajo la idea de Dios. Se declara inhumanidad todo lo que se ha alimentado de él o desde él se ha orientado, y se propone una nueva convicción teórica primero y luego un nuevo comportamiento práctico. La convicción es que Dios, como idea, es el gran antagonista del hombre, cuya eliminación es la condición previa para que el hombre sea hombre. El comportamiento alimenta el rencor contra Dios, ya que de él se le habría derivado al hombre una injusticia: no haber podido gozar, dominar y afirmarse incondicionalmente en el mundo. Quienes se refieren a Dios en la fe, merecen primero lástima porque no están definitivamente 'ilustrados' o no han tenido el valor de la autoemancipación definitiva. En un segundo momento merecen atención y vigilancia: son sospechosos de lesa humanidad, de herir al hombre presente y futuro, introduciendo una sombra y un recuerdo de los tiempos en que Dios existía. La nueva filosofía se vuelve políticamente beligerante: la fe no puede constituir ni contribuir a la ciudadanía, porque es una actitud alienadora del hombre⁷.

Pero ¿le es posible al hombre olvidar del todo a Dios? ¿Le es posible asumir sobre sus solas espaldas el cuidado del ser, el cuidado y providencia del mundo, el cuidado y providencia última para su propia libertad, que se rebela contra la muerte y que necesita saberla superada como condición para que la vida sea vivir y no morir? Esa capacidad para la vida en libertad y para la ordinaria alegría son los síntomas de una existencia creyente y redimida; mientras que una cierta actitud prometeica, de aparentes rasgos de heroicidad pero de angustia y final cobardía, es síntoma de una existencia en pecado original e irredención. No en vano el NT al hablar de Jesús dice que «como los otros hijos participó en la carne y sangre para librar a aquellos que por el temor

⁶ La desaparición, u ocaso de Dios en la historia, no es considerada por Nietzsche como un fenómeno natural (no es que Dios se haya muerto), o resultado de la voluntad divina misma, sino como una gesta del hombre, la suprema y más heroica que él ha llevado a cabo en su historia. *La gaya ciencia* III,125 ('¿A dónde se ha ido Dios?', gritó el loco. Ya os lo digo yo. *Nosotros le hemos matado* —vosotros y yo. ¡Somos todos unos asesinos! Pero ¿cómo hemos hecho cosa semejante?... ¡Dios está muerto! ¡Dios permanece muerto! ¡Y nosotros le hemos matado! ¿Cómo vamos nosotros a consolarnos, nosotros los mayores de los asesinos? Lo más sagrado y potente que poseía el mundo hasta ahora, se ha desangrado bajo nuestros cuchillos — ¿quién limpia esta sangre de nuestras manos?).

⁷ Así por ejemplo E. TIerno, *¿Qué es ser agnóstico?*, Madrid 1976.

de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre»⁸. Con su genial lucidez escribe Santa Teresa a sus hijas: «Vida es vivir de manera que no se tema la muerte ni todos los sucesos de la vida y estar con esta ordinaria alegría que traéis»⁹.

3. LAS CONSECUENCIAS DEL RECHAZO

El hombre al decidir erigirse en soberano de la realidad, cree que con la explicación teórica y con la decisión práctica se convierte en señor de todas las cosas y de sí mismo. Pero no toda la realidad ni siempre le obedece. Pero él cuando nota síntomas de desequilibrio o de enfermedad, de temor o de locura, lo explica diciendo que aún no ha hecho la revolución total; es decir, que aún quedan restos de la fase teológica, que aún el hombre no ha tomado plena posesión de esa soberanía, y que cuando el olvido de los tiempos tenebrosos sea total y la ilustración o hegemonía sean plenas entonces la paz será perpetua y la serenidad no turbada será la característica del hombre nuevo.

Pero el hombre se ha engañado al pensar que todo podía seguir lo mismo, cambiándolo de quicio y de referencia. Sin sus quicios propios las puertas no giran; sin los ejes adecuados los carros no ruedan; sin amor, la libertad no crece; sin esperanza fundada, el futuro es una amenaza; sin raíz de origen amoroso a la existencia no le mana paz verdadera. No le es posible al hombre el olvido absoluto de su origen; porque dejaría de ser hombre. Tampoco le es posible el desistimiento absoluto de su patria. Y 'patria es de donde venimos', Bloch dixit!¹⁰. Ni se puede acostumbrar a una estoica impasividad en el mundo, que sería sinónimo del desamor absoluto, y con él aparecería un anticipo de la muerte.

En su himno «Al Dios desconocido» Nietzsche recoge esa mezcla de rencor contra Dios y de recuerdo necesario, de rechazo y de amor, como si fueran una persecución y un castigo permanentes, a la vez que clama su necesidad de calor y le confiesa como su última felicidad:

«¿Quién me calienta, quién me ama todavía?

¡Dadme manos ardientes!

¡Dadme braseros para el corazón!

.....

¡Desvergonzado! ¡Desconocido —ladrón!

⁸ Hebreos 2, 14, 15.

⁹ *Fundaciones* 27, 12.

¹⁰ Final de su libro: *El Principio esperanza*, I-III, Madrid 1980, reasumiendo una idea de Plotino.

¿Qué quieres arrancar con tormentos?
 ¡Tú atormentador!
 ¡Tú — Dios verdugo!
 ¿O es que debo, como el perro,
 Arrastrarme delante de ti?
 ¿Sumiso, fuera de mí de entusiasmo,
 Menear la cola declarándote — mi amor?

.....
 ¡Se fue!
 ¡Huyó también él,
 Mi último y único compañero,
 Mi gran enemigo,
 Mi desconocido,
 Mi Dios verdugo! —
 — ¡No! ¡Vuelve
 Con todas tus torturas!
 ¡Oh, vuelve
 Al último de todos los solitarios!
 ¡Todos los arroyos de mis lágrimas
 corren hacia Ti!
 Y la última llama de mi corazón —
 Para ti se alza ardiente.
 ¡Oh, vuelve,
 Mi desconocido Dios! ¡Mi dolor! ¡Mi última felicidad!»¹¹.

Este desalojamiento del corazón del hombre de algo que le es constitutivo no podía quedar sin consecuencias. La realidad, la sociedad y la historia quedan remitidas y apoyadas sólo en el hombre, como supremo pastor del ser y guía del mundo. Pero ¿quién será pastor y guía del hombre? La crisis radical del sentido de la vida humana, y la pérdida de última legitimidad de las instituciones han sido la consecuencia de un hombre que se quiere fundamento de todo a la vez que se encuentra a sí mismo desfondado y sin poder autofundarse en una actitud y actividad, que sean manaderos de paz y de esperanza.

«Ningún factor constitutivo de la realidad humana puede ser arrojado de la conciencia, sin que a la larga aparezcan consecuencias destructivas para la integridad del hombre, tanto del individuo como de la vida social. La propagación y contagio de deformaciones neuróticas de la personalidad tiene hoy sin duda más que ver con la represión de la religión y de su función descubridora de sentido para el individuo que con cualquier otro factor individual. Algo semejante podría decirse de la pérdida de legitimidad de todas las instituciones sociales que afecta a todos los sistemas políticos»¹². Estas palabras de Pannenberg, que sintetizan una de las convicciones finales de su antropología teológica, ela-

¹¹ Así habló Zarathustra, IV, El mago 1.

¹² W. PANNENBERG, *Anthropologie in theologischer Perspektive*, Göttingen 1983, 7.

borada en comunicación con otras ciencias, especialmente las sociales e históricas nos desvelan un factor decisivo para comprender a nuestro tiempo.

El siglo XIX ha dejado no sólo en la conciencia general esa llaga abierta: el rencor contra Dios. También en el alma cristiana, y sobre todo en la recepción tardía que los españoles hemos hecho de dicho siglo, ha dejado otra huella más profunda: la disociación entre lo que refiere el hombre a Dios y lo que le refiere al mundo o a sí mismo. Le ha inoculado una sospecha mortal: que Dios quizá no sea la realidad que nos hace radialmente reales y libres; que quizá la idea de Dios nos frene en el ejercicio de nuestra libertad y responsabilidades históricas; que quizá la relación con él se ejerza con verdad sólo cuando se da una tangencia y transformación directa de la historia¹³.

A este factor de recepción retrasada del pensamiento filosófico del siglo XIX se ha unido la recepción retrasada de dos tipos de teologías. Por un lado el liberalismo protestante de finales del siglo XIX con su oposición artificial entre profetismo y sacerdocio bíblicos; entre culto y cultura, entre significación social y experiencia religiosa de la fe, entre la mística y la palabra. Y por otro la recepción tardía y absolutizada de otra teología, la de la secularización, que si bien tenía elementos positivos, al esclarecer críticamente las funciones, instituciones y misión histórica de la Iglesia frente a las realidades e instituciones de este mundo, ha vaciado a la conciencia creyente de sus arraigos en la experiencia del Misterio como lo que permea todo y llenándolo lo hace ser y ser libre; como lo que por ser Absoluto es en todo, y en todo se puede dar a conocer aun cuando ningún signo, palabra o institución puedan apresararlo; el que es sobreano de toda la historia, señor de todos los poderes del mundo y del mundo mismo, y que por tanto debe poder encontrar en el espesor de ese mundo su eco y reflejo, ya que si los hombres no le pueden reconocer en el espesor del mundo no le pueden reconocer como realmente real¹⁴.

¹³ Cfr. el diagnóstico clásico de H. DE LUBAC, *Le Drame de l'humanisme athée*, París 1943-1983; Id., *Sur les chemins de Dieu*, París 1958; J. ALFARO, *De la cuestión del hombre a la cuestión de Dios*, Salamanca 1988.

¹⁴ Tal recepción ingenua y acrítica de la teología de la liberación ha sido resultado de una aceptación tardía de la Ilustración con su separación entre profetismo y moral por un lado, mística e iglesia por otro; de una recepción tardía y acrítica de la teología protestante con su acentuación de una Iglesia acontecimiento y no institución (Barth), con palabra bíblica y sin mística (Brunner), con una reducción del dualismo sujeto-objeto, que deja sin consistencia psicológica y sin posibilidad de expresión objetiva el encuentro con Dios (Bultmann). Cf. W. KASPER, *Autonomie und Theonomie. Zur Ortsbestimmung des Christentums in der modernen Welt*; en *Theologie und Kirche*, Mainz 1987, 149-175.

Todo esto ha confluído para llegar a una profunda secularización de muchas conciencias; a una actitud puramente volitiva de quien mantiene la fe sin convencimientos racionales últimos; a la desconfianza y sospecha frente a la Iglesia, escindiéndola entre acciones proféticas y acciones litúrgicas, entre alabanza de Dios y servicio del prójimo. Tal esquizofrenia lleva consigo la desaparición final de Dios en la conciencia, y la imposibilidad de pertenecer tan gozosa como críticamente a la Iglesia, que es lugar del Misterio de Dios y de nuestra libertad. Reconstruir por el análisis teórico y por un nuevo arraigo religioso tal situación de la conciencia cristiana es el primer imperativo de la acción eclesial. Planteamientos de otro orden, que parecen muy radicales, son en el fondo ingenuos o arcaicos, en unos casos, violentos y antievangélicos en otros.

Tras haber sido herida y extenuada por las sospechas respecto a la realidad y fuerza sanadora de Dios para la vida humana, la conciencia cristiana tiene hoy que identificarse desde sus fuentes, reponer sus fundamentos y reafirmar sus metas específicas. Son los nuestros tiempos de denudación, silencio y soledad, porque los verdaderos problemas ya no son sólo las obligadas acciones sociales y políticas de los cristianos en el mundo. Nos hemos acreditado o desacreditado ya suficientemente como para que la verdad del cristianismo no se decida a la luz de nuestra ejemplaridad moral, de la fidelidad eclesial o del compromiso cristiano. Ejemplaridad, fidelidad y compromiso son sagradas tareas, nunca cumplidas ni sabidas del todo y por tanto siempre recomenzadas, obligándonos a confesarnos ante el Señor siervos inútiles, después de haberlo hecho todo, y no menos a examinarnos qué hemos hecho. Pero sería un engaño mortal o un masoquismo anticristiano el seguir pensando que el problema del cristianismo y de la evangelización se dicen hoy primordialmente por la ejemplaridad y eficacia cristianas, temporalmente medidas y acreditadas ante los criterios de medida y crédito propios de otras instituciones y poderes de este mundo. La cuestión no es si nosotros somos mejores o peores, sino si Dios es Dios, si Jesús es Cristo, si la Iglesia es el hogar de la redención y la morada de la gracia, si la fe sana y hace verdadera a la vida humana, si el hombre tiene padre y dueño en el mundo, y si esa paternidad y soberanía son fuentes de creatividad y de fraternidad. Estas son las reales y decisivas preguntas de nuestro futuro humano. Y hacia ellas se va con silencio y no con ruido, con amor eficaz a Dios y al prójimo y no con propaganda de nuestras glorias o pecados, con identificación humilde y gozosa en una Iglesia, que es servidora del Reino de Dios, pero que no es ni lejano ni ajeno

a ella ya que en ella habita todo el Espíritu Santo con su acción¹⁵ y por ello es posible participar del Reino ya aquí en ella¹⁶.

4. TESIS SOBRE LA HUMANIDAD DE DIOS COMO SUPREMA Y GOZOSA NOTICIA PARA EL HOMBRE (=evangelio)

Para encaminarnos hacia ese redescubrimiento y afirmación de nuestras fuentes propias, enunció unas tesis que son afirmación de *realidades* y proposición simultánea de *imperativos*. Para otro momento dejo el enunciado de las *actitudes* exigidas para este redescubrimiento, porque sólo un determinado talante ante Dios hace posible encontrar a Dios; sólo una manera de relación con Jesucristo nos deja sospechar su mesianidad y filiación; y sólo una forma de vivir nos encamina hacia la Iglesia. El redescubrimiento de las realidades cristianas lleva consigo como condición previa el vivir conforme a las exigencias cristianas. El programa agustiniano sigue siendo válido: oren para que entiendan, amén para que entiendan, vivan para que entiendan¹⁷.

I. DIOS

1. Que Dios existe es la gran noticia, el supremo evangelio, no la gran tristeza para la vida humana; porque nuestra libertad se arraiga y nutre en el amor que fundándola la hace crecer y llamándola le permite vivir la vida como gracia y misión. No es la soledad lo que constituye al hombre sino la comunión; no la distancia sino la relación. Y el hombre que es absoluta pasión de comunión con el Absoluto, sólo se sacia si llega a saber por experiencia que el Absoluto es Amor y que ha iniciado un proyecto de comunión con nosotros.

2. Porque Dios es Padre la existencia no es desamparo y soledad, sino compañía originaria y cobijo posibilitador. La paternidad de Dios no nos condena a la dependencia originaria, a la inmadurez o al rencor de quien se descubre finitud insuperable, sino que nos hace partícipes

¹⁵ «En la iglesia puso Dios apóstoles, profetas, doctores y todo el resto de la operación del Espíritu Santo. De este Espíritu se excluyen a sí mismos quienes, rechazando adherirse a la iglesia se privan de la vida por su doctrina falsa y sus malas acciones». SAN IRENEO, *Adv Haer* III, 24, 1.

¹⁶ Vaticano II, *Lumen Gentium* 3 («La Iglesia, reino de Cristo ya presente en misterio, por el poder de Dios crece visiblemente en el mundo»).

¹⁷ «Tu autem, carissime, ora fortiter et fideliter ut det tibi Dominus intellectum». *Carta* 120, II, 14.

de su capacidad de engendrar vida, libertad y futuro, continuando así su condición de creador y gestando un mundo de hermanos reunidos y no de huérfanos solitarios.

3. La gloria de Dios es la comunicación que de su esencia, santidad y poder hace Dios al hombre, constituyéndole en partícipe de su vida y en reflejo de su majestad. Esa gloria, que tiene a Dios como contenido y autor al reflejarse sobre el rostro del hombre animándole divinamente, suscita la conciencia de la propia realidad gloriosa, da noticia del origen y se devuelve como alabanza agradecida. La gloria de Dios es así el hombre viviente; y la vida del hombre deriva de la gloria de Dios acogida, agradecida y prolongada hacia los demás en el mundo.

4. La gloria de Dios y la consistencia del hombre crecen en proporción directa. Por eso no es ya pensable Dios sin referencia al hombre, a quien ha querido su imagen y lugarteniente en el mundo; ni es pensable un hombre sin referencia a Dios. La libertad finita no puede pensar su autonomía sin referirse a un infinito originante y sin preguntarse por las condiciones de su ejercicio en un mundo donde el mal existe; es decir, sin preguntarse por la existencia de un Amor capaz de garantizarle su realización. La finitud o se reconoce fundada en un Amor originario, o tiene que remitirse al ciego azar, que se inicia en el silencio y se consume con el fenecimiento.

5. Dios es la gran realidad que penetra nuestras vidas enteras; por ello nunca es recuperable como idea desde una u otra de las facultades. Dios no es una idea; es un poder de realidad, una presencia personal. Para percibirle hay que dejarle ser, consentir con amor a la existencia, dejarle hacerse presente, vivir en su presencia. No podemos aprehenderle pero podemos dejar y desear que él nos aprehende y en tal aprehensión conocerle. Las ideas son producto del hombre. El hombre es producto de Dios. Por ello Dios puede tener una idea del hombre y el hombre nunca puede tener una idea de Dios. Dios es alteridad y personalidad absolutas. El hombre no posee a Dios sino que está delante de Dios. Dios está delante del hombre, y pasará a su casa si le invita a entrar y le ofrece comensalidad. La escena de Yahvé visitando a Abraham en Mambré, invitado a su mesa y comiendo con él; y la escena de los discípulos de Emaús, invitando a Jesús a quedarse con ellos para reconocerle luego en la cena son las dos parábolas supremas de cómo hombre y Dios se encuentran¹⁸.

6. El encuentro con Dios lleva consigo el descubrimiento de nuestra raíz personal, de nuestra vocación, y a la vez de nuestro límite. Sólo

¹⁸ Génesis 18, 1-22; Lucas 24, 13-35.

quien ha hecho la experiencia de Dios como amor puede aceptar sus limitaciones todas, orar con amor y sin rencor. Y no es posible una relación verdadera con Dios que no sea fe: es decir, amoroso consentimiento a que Dios sea Dios y a que nosotros seamos sus creaturas. Lo contrario es pecado original. Desde esta perspectiva aparece cómo el pecado antes que una realidad puramente jurídica o incluso moral es un acontecimiento de ruptura ontológica, en la medida en que el amor afecta al ser mismo haciéndolo y el desamor lo afecta deshaciéndolo. Lope de Vega ha formulado genialmente esta determinación teológica de la vida humana en la siguiente oración:

«Póstrase nuestra vil naturaleza
a vuestra voluntad imperio sumo,
autor de nuestro límite, Dios Santo.
No repugne jamás nuestra bajeza
sueño de sombra, polvo, viento y humo,
a lo que vos queréis que podéis tanto.
Quiera yo lo que vos, pues no es posible
no ser lo que queréis, que no queriendo
saco mi daño a vuestra ofensa junto.
Justísimo sois Vos; es imposible
dejar de ser lo que pretendo,
pues es mi nada indivisible punto»¹⁹.

7. Los cristianos somos, ante todo, quienes consideran a Dios como la suprema realidad, que nos hace a nosotros reales; la verdadera y santa que hace verdaderos y santos a quienes a él se abren. Ese Dios en cuanto suprema realidad es nuestra utopía suprema, y aun cuando no lo podamos poseer ni en el pensamiento ni en la acción, es nuestra riqueza suprema. De tal utopía adorada y amada como suprema realidad nos nacen la esperanza, el gozo y la urgencia para trabajar en un mundo ya todo redimido y del todo por redimir²⁰. Por eso quienes creen en

¹⁹ Canción a la muerte de CARLOS FÉLIX. *Obras no dramáticas*, en: BAE 38, 368.

²⁰ Después de haber establecido como primer imperativo cristiano el 'tomar en serio la utopía de Dios', Rahner concluye: «Sólo si estamos decididos a adorar a Dios en su absolutéz incondicional; sólo si intentamos amarle corriendo un riesgo que aparentemente nos sobrepasa; sólo si enmudeciendo ante su incognoscibilidad capitulamos y aceptamos esta capitulación del conocimiento y de la vida como el acontecimiento de la última libertad y de la salvación eterna — *entonces es cuando comenzamos a ser cristianos*. Y entonces es cuando somos los hombres de una santa utopía y no los hombres de un así llamado realismo. Y estamos entonces convencidos de que con tal pensamiento y vida aprehendemos la realidad real, mientras que entendemos y vivimos la llamada realidad como lo simplemente mediador, lo provisional, que en verdad está ya en su conjunto plenificado y redimido por la llamada utopía». K. RAHNER, *Utopía y realidad*, en *Schriften zur Theologie* XVI, Einsiedeln 1984, 42-56; cit. en 46, 47.

Dios viven con esperanza en el mundo. Quienes pese a todo no viven con esperanza en el mundo, es que no han conocido o creído a Dios. Dios y futuro sin sinónimos. Por eso donde hay Dios hay esperanza, y donde hay esperanza verdadera hay Dios.

II. CRISTIANISMO

1. Si el cristianismo es ante todo Cristo, quien en su existencia personal suma la verticalidad y trascendencia absolutas de Dios con la horizontalidad e inmanencia absolutas del hombre, entonces la disociación entre teocentrismo y antropocentrismo, entre amor del Eterno y servicio al hombre, carecen de fundamento metafísico.

2. Si la vida concreta de Jesús nos dice cuál es la esencia del cristianismo y cuál el paradigma de toda vida cristiana; y si en ella la relación al Padre explicitada en oración, obediencia y amor fue siempre unida a la relación con el prójimo explicitada en el anuncio del evangelio, en la cercanía, comensalidad y solidaridad con él, entonces ningún proyecto de vida religiosa que escinda la relación con Dios (hecha necesariamente de oración, fe y amor), de la relación con el prójimo (que incluye cercanía, solidaridad y amor), es cristiano.

3. Si la iglesia de Cristo está constituida por el designio del Padre, fuente de toda vida y comunión, y por la permanente acción del Espíritu, dado para crear comunión entre los hombres dispersos, no es posible en ella escindir la relación y comunión con Dios de la relación y comunión con los hermanos.

4. En el cristianismo no hay otra realidad constituyente que Cristo. El no es un personaje sino una persona a quien se puede encontrar quedando determinados por la relación con él, lo mismo que un hijo y un padre, un esposo y una esposa, un amigo y otro amigo quedan determinados para siempre por esa relación. Con Cristo se puede instaurar una relación funcional, instrumental y objetivadora: es la que cuenta con sus doctrinas, quizá con sus ejemplos, sin duda con sus diatribas de uno u otro signo, pero que no acoge a su persona en aquel acogimiento que es dejarle ser y llamarnos a la vez que responderle. Pero se puede sobre toda otra instaurar con él una relación religiosa: la que le deja ser y decirse en nuestra vida, contar con nosotros, enviarnos y destinarnos; y sin preguntarnos encargarnos una tarea en su reino.

5. El Misterio de Jesús consiste en la suma de debilidad y de potencia, de palabra y de persona, de ingenuidad y de sabiduría, de gracia y de exigencia, de mundanidad absoluta y de arrancamiento a todo para

estar delante del Padre como lo único Absoluto, y hacer de la vida una entrega al Evangelio como lo que merece la suprema pena y consigue la suprema alegría. Cristo es limpio y libre, inocente y justo, amigo y en el amor acusador, Hijo y hermano. Quien descubre esto deja toda ideología; y la misma teología con que se puede expresar, se nos deshace entre las manos como pavesas. El rescoldo del fuego es otro. Ese se enciende y mantiene bajo la ceniza de la acción fiel, de la oración permanente del silencio que no exige, de la 'voluntad que siendo verdadera libra para las obras las razones'.

6. Jesús ha venido a ser para nosotros de parte de Dios sabiduría, justicia, santificación y redención. El cristianismo no se agota en Jesús sino que se trasciende hacia Dios, que a su vez se trasciende a sí mismo hacia el mundo y el hombre en Jesús. En Jesús se nos da como el Dios de nuestra salvación, el que está con nosotros, el solidario de nuestra muerte, el que nos devuelve la creación como espejo de su gloria y tarea de nuestra libertad, el que nos abre el futuro por la resurrección del Hijo y en el signo de la muerte nos ofrece perdón. Si todo don es ya revelador, el perdón es la revelación suprema. Sólo cuando el hombre recibe de Dios un perdón que no humilla sino que enaltece, no trivializa la libertad sino que tomándola absolutamente en serio la recrea: sólo así puede creer y confiarse, adorar y crear.

III. HOMBRE

1. El hombre está confiado a sí mismo. Nada puede ser verdaderamente humano si no nace desde su conciencia y libertad. Dios mismo llega hasta él desde dentro. Pero la conciencia y libertad como 'el desde dentro' del hombre están constitutivamente referidas a la exterioridad, a la universalidad, al sentido y a la esperanza comunitaria. Una libertad y subjetividad del hombre, que se quieran absolutamente creadoras, se construyen una muralla primero y luego una cárcel para sí mismas. La subjetividad es apetencia y esperanza de un sentido posible, de una palabra que adviniendo despierte, ensanche y personalice. El hombre así visto es sujeto de revelación: porque tiene capacidad para recibirla, anhelo de que le sobrevenga y capacidad para realizar su proyecto de vida a la luz de ella.

2. La verdadera construcción del hombre por consiguiente ya no se puede llevar a cabo sin contar con la exterioridad y con las noticias de Dios existentes en la historia humana. El hombre ha sabido de sí, ha dado de sí y ha esperado de sí a la luz de unas palabras que reconocía

llegándole más allá de sí, que ha identificado como revelación de Dios, como promesa de vida y como propuesta de existencia. No hay por tanto ya una antropología, históricamente seria, que no integre la teología realmente vivida por la humanidad.

3. Para una comprensión cristiana del hombre hay dos afirmaciones esenciales: *a)* Que él es constitutivamente imagen de Dios. *b)* Que es históricamente pecador. Ambas fundan por un lado el optimismo básico y por otro el realismo histórico propios de la vida cristiana ante las situaciones y posibilidades de la existencia. El hombre nunca se destruye a sí mismo del todo: por ello nunca se puede volver absolutamente sordo, ni olvidar o despreciar del todo definitivamente a aquél de quien es imagen, y en cuya plenitud encuentra su propia plenitud. El hombre puede desfigurarse, orientarse en otra dirección o responder con otros contenidos a esa original y constitutiva necesidad de Dios, ya que el pecado le hace perder claridad de inteligencia para reconocer la meta, poder de voluntad para tender hacia ella, querencia de corazón para querer a quien en el amor le creó. Como consecuencia de esta dualidad de situación personal, todas las acciones y empresas del hombre pueden ser fruto del mejor hombre que es creación de Dios o resultado del peor hombre afectado por el pecado.

4. El hombre necesita saber de su meta a la vez que de su origen; saber de ellos y confiarse a ellos. Para que la marcha hacia adelante no sea la mera huida hacia el horno de la muerte que calcinará nuestros huesos y apagará definitivamente la llama de nuestra esperanza, sino que por el contrario sea el acercamiento a la vida, al amor y ultimidad consumidoras de nuestra libertad; para eso lo último tiene que ser necesariamente idéntico con lo primero, el Consumidor tiene que ser el Iniciador; y por tanto ese adelante tiene que ser simultáneamente un hacia arriba, y esa horizontalidad de la conquista tiene que ser una verticalidad de la recepción y de la alabanza.

5. La marcha hacia adelante puede ser la legítima aceleración de quien en el amor quiere transformar la tierra por encargo de Dios, para que sirva mejor al hombre y cambiar la sociedad para que las relaciones sean más fraternas. Puede ser también la aceleración de quien desea ver a Dios y afincarse en él como tierra de los vivientes. Pero esa marcha hacia adelante puede ser por el contrario la huida del presente o el esfuerzo conquistador que quiere absolutizar el tiempo, haciendo de las obras un absoluto y del hombre el supremo criterio. Tal huida hacia adelante es idolatría, porque Dios sólo hay uno; y sólo a él se puede adorar.

6. La vocación humana es una en su complejidad, se realiza en la historia pero desborda más allá de la historia. Su vocación suprema es desembocar en la filiación divina, participar en la vida misma de Dios. Una humanidad radicalmente decidida a ser sí misma tiene que llegar hasta el descubrimiento de que mismidad en el hombre incluye alteridad, de que autonomía requiere trascendimiento, y de que en el orden personal la creatividad significa también receptividad. «La vocación última y consumadora del hombre en realidad es una: la divina»²¹.

7. El hombre es un ser capaz de divinidad y necesitado de divinización, que en el encuentro con Cristo reconoce cumplida en un destino particular su vocación universal, la que afecta por tanto no a un hombre de cultura o a una cultura concreta sino a todo hombre, mostrando cuál es la verdadera cultura que lleva lo humano a plenitud. La divinización, lo divino y el divinizador, aparecen así naciendo del anhelo por ser hombres hasta el fin, partiendo de una carencia percibida en su entraña y desde su más enraizada querencia. Por ello la figura de Jesús nos sorprende como el revelador y realizador supremo de la vocación humana: llegar a ser hombre en Dios y con la vida de Dios. Este es el fundamento de la atracción y significación universales de Jesús: en él ha encontrado el hombre un intérprete supremo y el supremo realizador. La divinización del hombre ha sido mostrada como un don de Dios, que suscita la posibilidad suprema de libertad. El amor solidario, y no el rapto violento, es el que hace humano al hombre; él es el que ha hecho humano a Dios y con ello redimido al hombre. La gesta de Jesús, existiendo en igualdad con sus hermanos los hombres siendo él como era de condición divina, ha invertido los resultados de la gesta de Adán, que siendo como era de condición humana, quiso elevarse a la divinidad, suplantando a Dios, o viviendo como si Dios no existiera. El gesto de Jesús reconstruyó una realidad que se había quebrado con el gesto de Adán, porque éste no siendo real señor del mundo no podía conferirle ni el quicio a su giro ni el destino a su marcha.

8. El hombre está hecho para la soberanía en el mundo y para hacer de todas las humanas grandezas la levadura que fermenta su gloria definitiva. Esas grandezas son de múltiple orden. Grandeza de las obras y de las manos, grandeza del espíritu y de la inteligencia, grandeza de la fe y de la caridad. Distintos órdenes con su lustre y necesidades propias. Eficacia productiva, verdad iluminadora, creación transformadora, santidad humilde, son universos distintos. A todos se debe y de todos necesita el hombre y en cada uno reinan sus propios soberanos. Quien

²¹ Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, Gaudium 22.

se ha asomado al último ya nunca podrá quedarse ni en el primero ni en el segundo, por más bellas que sean las grandezas técnicas de la ciencia, las grandezas éticas, las grandezas del arte o aquella grandeza que necesita sumar arte y ética, que es la política.

8. «El verdadero, el único problema, sin duda infinito, es hacer acceder a todos los hombres a esta vida soberana, que es la celebración de su propia gloria y el gozo de su propia afirmación.

El hombre que somos cada uno de nosotros es ante todo este pagano admirable, cargado de riquezas, de gloria y de esperanza fundadas, prometido a la pura alegría de la vida soberana. El cristiano nace en nosotros cuando, en las profundidades de nuestro corazón (no de nuestro espíritu), se opera de manera inesperada este giro que nos hace reconocer en este hombre Jesucristo a aquél que nos libra de nuestra propia grandeza y nos revela el misterio de la pobreza, no de la nuestra que es bien insignificante y que no es verdaderamente pobreza, sino la suya que es la pobreza de Dios. Entonces podemos comenzar a reconocer en nosotros un abismo, que está en el lugar mismo de nuestra gloria, en el corazón mismo de las sublimidades del espíritu, que es nuestra vida misma, y podemos decir: 'Jesús, Salvador, Hijo de Dios, ten misericordia de mí'. Ese es el momento en que se abre la confesión de los pecados y el momento de la esperanza, no ya la esperanza grandiosa del espíritu, sino esta esperanza toda ella arropada de humildad, que nos hace esperar todo de una misericordia incomprensible y que expresa la plegaria: 'Libranos del mal'»²².

IV. IGLESIA

1. La Iglesia de Cristo es quizá la más frágil criatura de la historia humana. Todo es en ella espesor de hombres e historia; y todo puede ser en ella luminosidad y transparencia de Dios. Ella puede sucumbir a la ley de la gravedad; mas nunca hasta el punto de que toda ella convierta en tinieblas y sus lámparas se apaguen. Siempre quedan dos candelabros de llama y dos olivos de paz en el santuario de la Iglesia delante de Dios y delante de los hombres. Dios no cierra nunca el templo de su misericordia; ni sus enviados ceden del todo al silencio o a la violencia. Nunca faltarán la vela y el óleo de la Iglesia.

2. La Iglesia no tiene²³ otro poder o posesiones, otra verdad propia o riqueza que el evangelio de Dios y la memoria de Jesús. Pero ese evan-

²² J. LADRIÈRE, *La Science, le monde et la foi*, París 1972, 220.

²³ Zacarías 4.

gelio no es una forja suya sino «fuerza de Dios, que confiere salvación a todo el que cree, judío o griego, porque en él se revela activa la justificación de Dios, que crea justicia y reclama justicia a partir de la fe»²⁴. El evangelio de Jesús es buena y bella noticia, porque en él se encuentra cumplida la suprema esperanza y superado el supremo temor del hombre. Esperanza de que el Misterio se revele como misericordia frente a nuestra miseria; como justicia definitiva para los pobres de la tierra en sus innumerables formas de pobreza. Temor de que la muerte prevalezca sobre la vida, venzan los verdugos sobre las víctimas, sea más potente el silencio que la palabra, reduciendo la comunicación a la mudez y la fraternidad a la orfandad definitivas. En Jesús, que es «con nosotros Dios=Enmanuel», se nos manifiesta el origen creador como afirmador apasionado de su creatura a la que busca y acoge siempre, en la lejanía del olvido o en el rechazo del pecado. El Origen se revela así no sólo como causa (Aristóteles), ni siquiera como Don (Platón-Plotino) sino como Perdón y Solidaridad victoriosa. El Fin se anticipa a la historia para introducir en ella un dinamismo que la mantiene viva y le confiere sentido, dejando ya sentir que el final es hogar de amorosa reconciliación y no horno de cremación aniquiladora. El evangelio de Dios es así Jesús: toda su vida y palabra son revelación, acercamiento eficaz, traducción real de Dios mediante las acciones de perdón, acogimiento, acusación y comensalidad que Jesús realiza. Jesús es evangelio histórico y evangelio metafísico. La encarnación nos revela a Dios como poder de realidad, que se comunica creando y recreando; la resurrección a su vez como destino y poder de futuro que se nos anticipa como victorioso sobre el presente y amor reconciliador.

3. El evangelio del Reino de Dios es buena noticia porque nos revela a Dios como realidad santa y poder que sana al hombre, vela por él, y le traslada, tras levantarle herido del camino, a la posada de su dignidad. Así la realidad de Dios se hace reinado de Dios, con aquella soberanía que se ejerce como preocupación, servicio, proexistencia. La persona de Jesús, como tejido mundano, expresivo y efectivo de esa realidad activa de Dios, es el Reino en persona. Predicación del Reino, vida personal, experiencia filial, muerte y resurrección constituyen la compleja historia y la compleja realidad de Jesús. El evangelio de Dios no es otro que lo que esa historia y destino de Jesús dieron de sí, dijeron de sí, dejaron decir y hacer a Dios en él, siguen diciendo y suscitando desde sí.

4. Las cosas más esenciales para la vida del hombre son radicalmente simples y totalmente inefables. De lo que más necesidad tenemos

²⁴ Romanos 1,16; Marcos 1,14; Rom 1,1; 15,16; 2 Cor 11,7; 1 Tesalonicenses 2,2; 2, 8-9.

es de lo que menos podemos hablar, y lo que más gozo nos procura no podemos expresarlo con palabras. Quien lo posee, sabe qué es y actúa en consecuencia. Ninguna palabra, rechazo o negación externa podrán hacerle dudar de su riqueza u olvidar su gozo. Quien ha encontrado a Jesús, le ha reconocido como evangelio de Dios, como suprema Realidad y Reino de la vida humana. Un tesoro y una perla. Tan sublimes como las bienaventuranzas son los dos textos siguientes: «Es semejante el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo, que quien lo encuentra lo oculta, y lleno de alegría va vende cuanto tiene y compra aquel campo. Es también semejante el reino de los cielos a un mercader que busca preciosas perlas y hallando una de gran precio, va vende cuanto tiene y la compra»²⁵. Quien ha descubierto asombrado un tesoro y gozoso poseído una perla, nunca podrá ya negar que existen, ni comparar un campo a otro; si bien la humana locura puede ser tanta que trivialice tesoro y perla encontrados, prefiriendo la pobreza de la búsqueda o el esfuerzo de la conquista. El pecado supremo del hombre no es el no amar sino el rechazar amor, no accediendo a ser amado. Tal pecado no tiene perdón, porque la esencia de su actitud es rechazar que sea el Otro quien nos pueda sanar, salvar y santificar. Es el pecado contra el Espíritu Santo, propio de quienes no quieren aceptar que la luz venga de fuera y nuestra pobreza sólo se redima con otra riqueza. Ellos se quieren a sí mismos supremo principio, poder y meta. Morirán en ese original pecado.

5. El evangelio es un pobre texto que contiene unas pocas palabras verdaderas y tan humilde que se deja rechazar por cualquiera. Se deja quebrar como las flores por el huracán, pero tras cada tempestad renace sereno y gozoso. Son las suyas realidades inasibles, infinitamente frágiles e infinitamente fecundas: la persona de Jesús; las bienaventuranzas; la oración al Padre ABBA; la experiencia del Espíritu Santo que impulsa y sostiene; la esperanza activa que orienta hacia el Reino definitivo del Padre y de todos los hombres reunidos en torno a su mesa; el amor al prójimo próximo o lejano, amigo o enemigo. Todo esto es tan simple que apenas se deja explicar y sólo se descubre a quien lo vive. Requiere algo más que una actitud interior: un comportamiento cotidiano. «La pobreza espiritual, la confesión de los pecados, y la espera de la misericordia no son verdaderas nada más que en el comportamiento cotidiano de las bienaventuranzas. La significación de éstas sigue siendo siempre misteriosa. No se dejan encerrar en prescripción alguna, en ningún código, en receta cualquiera de acción. Ellas están fuera de

²⁵ Mateo 13, 44-46.

toda estrategia, de toda teoría, de toda visión del mundo y del hombre. Sin contenido; y sin embargo infinitamente fecundas. Son una invención perpetua, la invención incesante de la santidad. Sin duda no hay dos vidas perfectamente idénticas. En cada cristiano este misterio se juega, según un camino imprevisible»²⁶.

6. La iglesia vive en el mundo la misma peligrosa exposición que vivió Jesús. Expuesta a que todos la usen y abusen, la utilicen por su glorificación interesada o por la interesada acusación. Su actitud tiene que ser como la de Jesús. Clara y abierta, en la palabra que identifica el proyecto, y en la acción que identifica la persona. Por eso es vulnerable y puede ser vulnerada cada día. Su preocupación no deben ser las heridas infligidas desde fuera, que como la del costado de Jesús, dejan correr agua y sangre vivificadoras, sino los interiores desangres derivados de la ausencia de fe, de amor al prójimo, de confianza incondicional en su Señor. El olvido, la negación concreta y la nivelación de su Maestro con otros magisterios o de su divinidad con otras divinidades, cohonestándolo todo: eso es lo que le inflige una muerte lenta; tan lenta y eficaz que ni siquiera se percata de que la vida ha huido de sus senos y puede haberse convertido en una cisterna vacía. La fascinación de los ídolos y de los grandes imperios con las nuevas riquezas, como antaño Asiria y Egipto con sus Nilos y Eufrates le tientan para encontrar en ellos su seguridad y firmeza. Hay un desasosiego y prisas apostólicas que son signos de haber perdido la fe; y hay una falsa paz, que es signo de haber encontrado la confianza en los señores de este mundo. Para siempre es sagrado el imperativo del profeta: «Vosotros si no tenéis fe no permaneceréis... Por haber despreciado las aguas de Siloé que corren mansamente sucumbireis a los ríos desbordados... En la confianza y en la quietud está vuestra salvación y ellas serán vuestra fuerza; pero no habéis querido y habéis dicho: No, huiremos en caballos y sobre ligeros corceles cabalgaremos»²⁷.

7. El evangelio tiene a la vez una radical connaturalidad y una radical heterogeneidad con el hombre. Connaturalidad con sus capas originarias como ser nacido del amor, necesitado de sentido, tendiendo al bien, anhelante de justicia, justificación y santificación. Porque ningún pecado deshace del todo los tejidos del hombre, que sigue siendo siempre imagen de Dios e impulsado a ser su semejante. Si el amor es la raíz originaria de la realidad, entonces, ante la expresión suprema del amor entregado, todo hombre antes o después reacciona; quizá con violencia

²⁶ J. LADRIÈRE, *La Science, le monde et la foi*, 220-221.

²⁷ Isaías 7,9; 8,6; 30,15.

o envidia, descubridoras sin embargo de una necesidad, que se hará luego consentimiento y entrega.

Pero el evangelio es a la vez alteridad y alternativa frente al mundo. La acción y milagros de Jesús rompen el horizonte de un presente absolutizado para restaurar la primera creación, curar el mundo herido y anticipar la futura humanidad reconciliada y recreada. Quienes viven clausurados en el ahora por el instinto o el poder, sin pretérito fundante y sin futuro que los aguarde, sentirán ese evangelio como la amenaza más ignominiosa e intolerable. En verdad el evangelio desenmascara todos nuestros encubrimientos, injusticias e idolatrías. Y es más acosador para el hombre más ilustrado, que se quiere a sí mismo soberano y autónomo. Frente a tal divinización del hombre, mayor es la amenaza del evangelio. Cuando esta absolutización se ha articulado social, cultural y políticamente, entonces el evangelio es considerado como el gran enemigo. Y si no lo fuere, es que o bien el evangelio ha sido desnaturalizado, o la iglesia anestesiada o el hombre definitivamente reducido a interior esclavitud y pérdida de la libertad, ya que ésta tiene siempre necesidad de sentido y pasión de ultimidad.

8. La Iglesia es humilde servidora del evangelio del Reino. Este Reino tiene a Dios como origen, introductor y contenido. Jesús es su heraldo histórico y su concreción personal. La Iglesia es el espacio donde resuena su palabra y pervive su persona, para que en contacto con ellas los hombres descubran ese tesoro y encuentren esa perla, cuyo inestimable valor los lleve a resituar todas sus posesiones e incluso a venderlas para poder poseer, es decir, llegar a ser partícipes del Reino. La Iglesia no instaure ni construye el Reino de Dios, porque eso supondría tener a Dios de su mano, y en el fondo encadenar a los hombres. Ella tiene otra misión más humilde, exigente por un lado y pacificadora por otro: preparar los caminos del Señor hacia los hombres; preparar a los hombres para que caminen hacia el Señor. El encuentro de Aquél con éstos es algo que la supera: no puede ni forzarlo ni prohibirlo. La fe es el gran don de Dios y el gran enigma para los hombres. Este es el fundamento del desasosiego permanente y de la permanente paz con que la Iglesia debe vivir. Ella no es soberana del Reino ni dueña de sí misma. El Reino es de Dios, quien es su contenido y responsable último. La Iglesia es de Jesús, quien es su fundamento y responsable último. Entre el cinismo de la despreocupación y el prometeísmo agónico de los que con violencia quieren introducir el Reino de Dios en nuestra historia pasa el real camino de las Bienaventuranzas.

9. La Iglesia vive de su vejez histórica, como toda creación humana, y de la perenne juventud del evangelio. Quien no tiene la humildad de

entrar por aquélla no descubrirá ésta. Pero quien ha descubierto ésta no temerá aquélla, pues sabe por sí mismo que la real vejez la confieren los pecados y que nada tiene que ver con el tiempo de los años, sino con el tiempo personal, y éste se mide por nuestra relación con la verdad, con la belleza y con Dios. Quien no tiene la humildad suficiente para ser miembro de esa vieja familia e hijo de esa vieja matrona, es que busca en ella pedestal para sus glorias, encubrimiento para sus vergüenzas o un sustituto de sus personales obligaciones. A la iglesia se va y en la iglesia se está desde la sacratísima llamada de Dios y la intransferible responsabilidad personal; y nada ni nadie libera a nadie de ellas. Quien vive del eterno pretexto de una Iglesia pecadora para no servir a Cristo y no vivir conforme al evangelio, ése no cree en el Cristo verdadero y sirve a sus dioses particulares.

Si es verdad que todos nos podemos convertir en trampolín de ayuda o en freno para que el prójimo se allegue o se aleje de Cristo, y por eso el escándalo del mal hecho o del bien no hecho son tan duramente denuncados por Jesús, sin embargo ninguna santidad de la Iglesia arranca una adhesión necesaria y ninguna corrupción de la Iglesia hace imposible la adhesión ni legitima la distancia. Dios es más importante que la Iglesia; y Jesús más sagrado que la jerarquía; y el Espíritu Santo superior a los pecados de todos los creyentes. La obsesiva, permanente y agria concentración en cuestiones eclesiales (frente a la realista entrega al evangelio, la adoración de Dios y servicio al hermano) es quizá el mayor pecado de la Iglesia posconciliar. El signo de esa obsesión puede ser muy distinto; la esterilidad religiosa y la infecundidad cristiana subsiguientes son las mismas en ambos casos. La verdadera historia va por otros caminos. Las gentes más lúcidas, de dentro y fuera de la Iglesia, hace años que se han percatado de ello.

10. La juventud de la Iglesia es el evangelio, que como licor precioso mantenido en la fe renueva al vaso que lo contiene. El evangelio y el Espíritu Santo son la causa del rejuvenecimiento perenne de la Iglesia de Jesús, que la arranca al pasado de su historia lejana y la incardina en cada presente nuevo. Por ello la Iglesia no se prolonga sólo desde el pecado: nace desde cada libertad y se constituye a partir de cada hombre y mujer que siguiendo a Jesús le confiesan hoy como Señor e Hijo de Dios. Si Jesús instituye la Iglesia en el origen, el Espíritu Santo la coconstituye desde la iluminación, atracción y vida que confiere con la fe a cada creyente.

«Esta fe la hemos recibido de la Iglesia que viene de Jesús y la guardamos con cuidado. Bajo la acción del Espíritu Santo, cual licor precioso encerrado en un vaso excelente, ella se rejuvenece y hace rejuvene-

cer al mismo vaso que la contiene. A esa misma Iglesia, en efecto, le ha sido confiado el 'Don de Dios', como le fue insuflado el viento de la vida a la primera creación, a fin de que todos sus miembros puedan tomar parte en él y ser vivificados; en ella ha sido depositada la comunión con Cristo, es decir, el Espíritu Santo»²⁸.

11. La distancia que media entre la iglesia de los hombres y la Iglesia del Dios viviente, una y la misma, no es mayor que la que media entre aquel judío del norte de Palestina, nazareno de nacimiento y residente en el entorno de Cafarnaún por un lado y por otro el Mesías, el Señor, el Hijo de Dios. La humanidad de Dios es idéntica con la humildad de Dios y con la glorificación del hombre. Quien acogió la pobreza de Jesús de Nazaret, hijo de María, y en él reconoció a su Señor y su Dios, encontró la salvación. La Iglesia pertenece a los sacramentos de la humildad del Verbo Encarnado. Es su preciosa y su pobre reliquia. Para quien reconoce al infinito presente en la humanidad nacida de María, ¿qué mucho será reconocerle en esa humanidad suplementaria y prolongadora que es la Iglesia, nacida de pobres hombres, en camino de redención y pecadores como todos? La Iglesia es portada y portal de Dios: portada que refleja la interior luz y portal que nos acoge y acompaña a cuantos llegamos de fuera. La Luz humilde y transformadora que en ella habita es su gloria y nuestro supremo destino. Una generación, obsesivamente preocupada por la Iglesia, es una generación que ha perdido el tino.

Cobrarlo recobrando la mirada hacia el Centro y desde él extendiéndola a todos los radios y periferia es nuestra misión actual.

V. CULTURA

1. Hay culturas abiertas y culturas cerradas a la realidad de Dios, y consiguientemente a la posibilidad de que el hombre encuentre en él el fundamento de su existencia en el mundo, el apoyo para su libertad y la consumación para sus anhelos.

2. Las culturas pueden ser cerradas bien por sus afirmaciones teóricas sobre el hombre, o bien por sus acciones prácticas con él o contra él. Un mal pensamiento torna imposible el acceso a la realidad y el descubrimiento de su entraña, nutricia y saciativa del anhelo humano. Una mala acción lleva a un encubrimiento, degradación o inversión de la realidad, rechazando lo que ella tiene de patencia, presencia y exigencia divinas, para dejarla sellada con la mugre, oscuridad y violencia del hombre pecador.

²⁸ SAN IRENEO, *Adv Haer* III, 24,1.

3. Son culturas abiertas las que reconocen la realidad como don y tarea; las que centran el mundo en torno al hombre como ser personal, sujeto de conciencia y libertad en sí mismo; sujeto ordenado a la comunicación, solidaridad y servicio al prójimo; las que hacen de la historia un lugar apto para el despliegue de una libertad propia, de una relación fraterna con el prójimo y de un rendimiento confiado ante el Misterio.

4. Son culturas cerradas las que absolutizando una de las dimensiones de la vida humana aíslan, ciegan o no cultivan todo lo que en el hombre está unido: la relación con la naturaleza, con el prójimo individual, con la sociedad, consigo mismo, con Dios. Las que excluyen de antemano o de hecho hacen imposible el cultivo de las condiciones para que el hombre pueda hacer en libertad esos descubrimientos a través de los cuales llega a la real humanización: su vocación de creador o descubridor de sentido, su necesidad de comunión, su ordenación al prójimo, su referencia a lo que funda su finitud y como plenitud anhelada pueda llenar su último vacío, a no ser que decida comprenderse y vivirse como una ciega peripecia de la naturaleza o un absurdo ontológico. Las culturas son cerradas por la injusticia, insolidaridad u opresión que ejercen sobre los hombres, como individuos o como grupos; por el aturdimiento a que con el trabajo, la información y la acción política los someten, haciendo imposible el tiempo, sosiego y condiciones en las que se pueden cultivar la interioridad, la libertad personal, la información que ensancha y la formación que da arraigo; por la pretensión prometeica que le inoculan al mostrarle sólo las posibilidades y ocultarle los límites de la vida humana, tal como éstos vienen dados por la finitud, la muerte, la sinrazón y la injusticia que nos rodean. Igualmente las que al hacerle patente los límites negadores no le muestran las simultáneas posibilidades, que son de doble naturaleza: activa y receptiva. El hombre es tan grande por lo que puede recibir como por lo que puede hacer.

5. Una cultura ambiental, que le hace imposible al hombre plantear tales cuestiones y no le incita a buscar soluciones; que le cierra el horizonte de las razones para vivir, mientras que quiere convencerle de que sólo necesita productos para saciar su hambre y sus instintos, esa es una cultura que está convirtiendo la vida en una cárcel. Una sociedad que no pregunta colectivamente por el sentido; que no se propone metas que desborden lo utilitario y diario; que inculca el nacionalismo, regionalismo, provincianismo o aldeanismo respectivos es una sociedad que se acerca al comportamiento animal, caracterizado por la defensa del territorio con los intereses correspondientes, y que se opone a lo que es la intención cristiana primigenia: ensanchar los lazos de la unidad,

creando comunidad con todos los demás, los lejanos y diferentes. Pentecostés es al mismo tiempo el derramamiento del Espíritu y el surgimiento de la comunidad; es decir, el milagro de la comunicación y unidad entre todos, pese a la distancia y a la diversidad.

6. La cultura verdadera lleva al hombre a reconocer y a aceptar la sima abierta siempre entre sus deseos y la realidad. Ese discernimiento significa que no se va a conformar con lo que es naturaleza, pudiendo por ello cambiarla de acuerdo con un proyecto propio. Y menos se va a conformar con lo que son resultados de una historia injusta, que en manera ninguna sacralizará como proveniente de la voluntad divina; al mismo tiempo que reconoce la voluntad divina inscrita en la naturaleza y la historia. Tal cultura llevará a aceptar los límites constituyentes del ser humano y a hacer de ellos trampolín hacia una esperanza de que Otro mayor los llene y los convierta en frontera comunicante con su ilimitación.

7. Una cultura, que absolutiza la utopía de una transformación total haciendo depender de ella el sentido de la existencia personal, ha sacrificado el sentido de la historia (que es la persona) al proceso de la historia (que es la transformación sucesiva de las relaciones entre naturaleza y humanidad). Por el lado contrario, una cultura que tiene como criterio supremo la mantención de las situaciones establecidas terminará haciendo del poder de los hechos (que pueden ser la sinrazón, la violencia o el engaño) centro y juez de la historia, sacrificando la vida y valores personales a su matenimiento. Por ello la cultura tiene que reclamar siempre su autonomía frente a todos los poderes, ya que ella es el alumbramiento de la conciencia y el incentivo de la voluntad para que el hombre se descubra a sí mismo, sea sí mismo y no esté a merced de nadie, aun cuando necesite y deba estar al servicio de todos.

8. No todas las culturas son igualmente receptivas, consentáneas o familiares con el cristianismo. En principio toda cultura que no nace de un corazón convertido, como expresión de la propia conversión, es una cultura pagana. En cuanto tal es fruto de las manos del hombre, que es simultáneamente imagen del Dios creador y pecador enfrentado con él, que por ello tiende a erigirse a sí mismo mediante sus obras en único soberano del mundo. El hombre ya no puede disfrutar de la placidez de los lirios del campo y de los pájaros del cielo. El animal es inocente en su relación con la naturaleza o incluso en su acoso al hombre; éste por el contrario ya no es nunca inocente. Las culturas en cuanto tales tienen también que convertirse y dejarse bautizar para poder ser signos de Cristo y caminos para que el hombre vaya hacia él. Que las culturas no se vacían ni se degradan al abrirse a la trascendencia,

sino que desde ella se ensanchan y reciben más hondo resuello, la historia de Occidente, que de manera explícita muchas veces y de manera implícita otras tiene en el cristianismo su matriz de origen, lo puede mostrar.

9. Las culturas ambientales de nuestros días no son culturas convertidas y por ello no pueden ser vehículos directos de la fe, ya que muchos de sus presupuestos no son ni cristianos ni cristinizables. Los cristianos aún no nos hemos convencido de ello y seguimos inconscientemente esperando que nos sirvan mansamente, y sufrimos o nos escandalizamos cuando no lo hacen. La reacción de las culturas por su parte es normal; lo anormal es nuestra reacción como cristianos, quienes deberíamos saber que el hombre curvado sobre sí mismo no busca al Dios viviente sino a los dioses de este mundo. La secularidad, de que tanto hemos hablado, no es la forma de humanidad que nosotros desde la fe hemos imaginado, como sumisa a Dios, delicada con la Iglesia y libre luego en el resto de sus acciones. Una libertad que se ha desligado de Dios para evitar el recuerdo, rumor y posible retorno de Dios necesita eliminar su nombre y su memoria para sentirse segura y soberana; es decir, se hace beligerante.

10. Una fe e Iglesia que no crean en el mundo mediaciones de su propia realidad, que no se trenzan con él mediante acciones históricas inspiradas en el evangelio, que no suscitan un tejido de relaciones sociales y un medio humano que les devuelvan a los creyentes el eco de su palabra interior, son una fe e Iglesia que o bien no han llegado todavía a ser cristianas del todo, o bien si habían llegado están a punto de dejar de serlo. Porque ninguna opinión de individuo o grupo mantiene a la larga su propia credibilidad, si queda remitida a expresiones exclusivamente íntimas; ni resiste a largo plazo la negación que el exterior permanentemente le devuelve. Lo que no es verdad fuera, no puede ser considerado a largo plazo como verdad dentro. Lo que sólo es verdad para mí, no puedo considerarlo como verdad en sí. Y el hombre no necesita ni se da por satisfecho con «su verdad», sino que necesita «la Verdad», que es anterior y superior a cada uno, que no es propiedad exclusiva de cada uno de los mortales, sino que es la vida misma del inmortal y eterno, es decir, Dios.

Por ello, correspondiendo a la bidimensionalidad de la vida humana, la fe abarca interioridad y exterioridad, individuo y comunidad, confesión y construcción, celebraciones litúrgicas e instituciones seculares. Sólo así es la fe expresión de libertad personal, que afecta a todo el ser del hombre, necesita expresarse en todas sus dimensiones y en ninguna

puede ser cercenada. Cualquier otra manera de pensarla significaría que no se sitúa la fe en la raíz de la persona, sino en una de sus potencias o dimensiones, y con ello habríamos hecho de ella un elemento parcial de verdad y de sentido. Tal provincianización y con ello relativización de la fe lleva consigo al final una decapitación. Decapitación de la fe que repercute sobre toda la existencia personal.

11. Hay una cultura de la querencia y hay una cultura del rencor frente a Dios. Según la primera el hombre encuentra en Dios el permanente origen de su libertad y el mejor manadero de su vida. Viviendo delante de él y andando a su luz podemos llegar a la suprema posibilidad propia. «Mirando pues a la divinidad nos servimos del mejor espejo de las cosas humanas con respecto a la virtud del alma y así en él nos vemos y conocemos mejor a nosotros mismos»²⁹. «Sed perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial»³⁰.

CONCLUSION

Dios tiene la primera palabra; la que puede decir al hombre quién es; y la última potencia, la que le hace posible llegar a ser aquello que anhelando como su necesidad suprema no puede realizar por sí mismo. El evangelio de Dios, es decir la manifestación de su poder como gracia dentro de la historia para que el hombre desde la situación cultural o moral en que esté, griego o judío, encuentre su camino, su meta y su plenitud reconciliada, es decir su salvación: ese evangelio de Dios es la condición de realización de la humanidad del hombre.

Por ello una situación histórica de ateísmo es una situación de inhumanidad; aquella que nace del desconocimiento de la propia realidad; y realidad suya es también aquello de lo que el hombre carece y aquello que apetece. Las carencias y anhelos son las cavidades y oquedades que Dios ha dejado en el hombre como la estructura de creación que va a ser repleta con la acción de la revelación y redención; de forma que éstas siendo gracia de Dios sean sentidas simultáneamente como plenitud humana.

Si el ateísmo es el invierno del mundo, sin embargo nunca puede ser tan duradero ni tan profundo que agote todos los inicios primaverales que en él se incoan³¹. El cristiano sabe que Dios no dejará agotarse a sus hijos en sus silencios ni congelarse en sus hielos. Es tarea de la Iglesia

²⁹ PLATÓN, *Alcibiades* 133/134.

³⁰ Mateo 5,48.

identificar al invierno como invierno y al silencio como silencio, haciendo a aquél estallar en posibilidades de primavera y a éste orientarse hacia la palabra. Desde que Dios ha sido hombre su humanidad e historia concreta son nuestra medida, nuestra meta y nuestro límite. Esa humanidad de Dios es el fundamento de la divinización del hombre. Con menos ya no se puede el hombre conformar. Porque pese a todo³², el hombre necesita de Dios, quiere a Dios con querer de amor, y no cejará hasta que no se sienta querido por él, en aquella afirmación definitiva de su finitud, salva ya de la amenaza de la muerte, que es la vida eterna.

Facultad de Teología.

Universidad Pontificia de Salamanca.

³¹ «Je suis certain que la foi est le printemps du monde, comme l'athéisme en est l'hiver. Mais l'hiver contient toujours le printemps: en janvier, les amandiers bourgeonnent». P. EMMANUEL, *La Face humaine*, Paris 1965, 16.

³² El deseo de Dios habita al hombre de una forma constitutiva y si bajo los escombros del aturdimiento y olvido de sí mismo, él no lo percibe, no es que no exista tal deseo. Cuando se ciega el caño que conduce una corriente de agua, deja el agua de aparecer a superficie, pero no por eso deja de existir. Esta constante de la reflexión se extiende desde Plotino y San Agustín hasta Pascal, Blondel y Rahner en nuestros días. A estos niveles hay que bajar para entender al hombre verdadero y no conformarse con la afirmación tomada de un filósofo según la cual nadie quiere hoy ser Dios, como hace H. KÜNG, *Ser cristiano*, Madrid 1975, C. VI, 3,2. Es verdad que para los contemporáneos la primera cuestión es la humanización de todo lo prehumano e inhumano. Pero es tarea de quien ha descubierto otros horizontes desde la revelación mostrarles cuál es la raíz verdadera y última humanización. Rahner escribe que lo que más le había sorprendido en el libro de H. Küng es este desprecio o rechazo de la divinización: K. RAHNER, *Être chrétien dans quelle église*, en J. R. ARMOGATHE (éd.), *Comment être chrétien? La réponse de H. Küng*, Paris 1983, 94.

